



**USAC**  
TRICENTENARIA  
Universidad de San Carlos de Guatemala

CENTRO UNIVERSITARIO DE OCCIDENTE -CUNOC-



**CUNOC**  
Dirección del Sistema de Investigación  
*José Baldomero Arriaga Jerez*

# ACTUALIDAD

Revista No. 75 •

Junio 2023

## EL DUELO EN TIEMPOS DE COVID

Investigadora: Yendi Santos



# LA MODIFICACIÓN DE LOS RITUALES FUNERARIOS Y EL MANEJO DEL DUELO EN TIEMPOS DE COVID 19 EN QUETZALTENANGO

## -LA MUERTE DESATENDIDA<sup>1</sup>-

Yendi Yomara Santos Rodas  
Docente-Investigadora DICUNOC

### Resumen

Las sociedades elaboran una interpretación cultural del fenómeno de la muerte según sus sistemas de valores y creencias, de ahí las diferencias en torno a las prácticas religiosas y espirituales acerca del fenómeno y en la expresión o supresión de los sentimientos de cada cultura. De manera que la muerte no es solamente un proceso biológico, sino también sociocultural, desarrollando en torno a ella actividades rituales cargadas de símbolos y significados con los fines de colectivizar y comunicar el deceso, equilibrar al grupo sociocultural ante la pérdida; apoyar y honrar al difunto en este ciclo, y practicar el apoyo social para que el proceso de duelo no se torne en una respuesta emocional complicada o patológica.

En Quetzaltenango, especialmente en el área rural, aún se practican ritos funerarios de tipo tradicional y ancestral, mientras que, en el casco urbano se realizan actividades más occidentalizadas, pero igualmente denotando fusiones entre creencias cristianas y culturas tradicionales. Estos ritos son una importante manifestación sociocultural y catártica entre los sujetos. Pero las historias de vida de quienes han sido dolientes en medio de las restricciones por COVID 19 en el municipio, evidencian una realidad crítica de anulación y desnaturalización de muchas de las prácticas y expresiones que, por costumbre, y en atención a los valores y creencias, los quezaltecos practican de manera ritual para alcanzar el equilibrio emocional de forma individual y colectiva. La actividad funeraria deja de ser una práctica ritual y pasa a ser una práctica sanitaria, trastocando la idea ceremonial de la muerte y las emociones que conlleva al punto de incidir en la aparición de duelos más complicados, así como en manifestaciones de incertidumbre y temor social ante el fenómeno de la muerte y su proceso de transición.

**Palabras clave:** Rito funerario, colectivización del rito, restricciones funerarias, muerte por COVID 19.

### INTRODUCCIÓN:

---

<sup>1</sup> Agradecimientos: A los informantes que aún en medio de su proceso de elaboración de duelo concedieron las entrevistas para la elaboración de este trabajo. Que los aportes sirvan para honrar la memoria de sus muertos y para reconocer la valentía que les tocó asumir en medio de esta crisis.

Aunque la modernidad y el mundo occidental han influido de manera ostensible en la idea de la muerte y en los ritos en torno a ella, este fenómeno es un evento propio del ser humano y por ende, muy importante. Irónicamente la muerte forma parte de la existencia como un acto final dentro de ésta última. Pero las distintas sociedades han desarrollado ideas distintivas en torno a este evento que configuran y estructuran saberes, valores y creencias diferenciadas que se manifiestan en conductas que se adoptan ante la muerte, el difunto, los dolientes y el escenario mortuorio. Muchas de estas conductas particularizan las creencias en relación con la muerte y especialmente con la posibilidad de una forma de vida más allá de la misma.

Debido a estas creencias cada cultura manifiesta ritos particulares que se arraigan culturalmente en las sociedades y le dan sentido a sus modos de vida. La muerte y el duelo son eventos que generan transiciones psicosociales que pueden ser riesgosas al individuo en tanto tal, como al grupo social que también sufre de manera indirecta la pérdida de uno de sus miembros. En ese ámbito los rituales ofrecen a las personas formas para procesar y expresar su duelo.

Según Campo (2008), el rito es un acto formal en el que quienes participan realizan una serie de acciones estereotipadas, pronunciando declaraciones conforme a unas normas rígidas y minuciosas prescritas en gran medida por la costumbre y aceptada por los miembros del grupo. Una de las características del rito es que consolida las creencias. Así, un ritual funerario conlleva la separación del fallecido con los familiares vivos más cercanos, donde a través de distintas ceremonias se elabora el proceso de despedida del involucrado a la fase que le corresponde.

En la cosmovisión maya los rituales mortuorios poseen alta significación simbólica y valor etnográfico, ya que son elementos complementarios que facilitan el paso de lo terrenal a los sitios del cosmos donde la identidad anímica se desvanece. En tal sentido la muerte es un renacer y no un fin, mientras que en la cosmovisión cristiana, la muerte puede alcanzar distintas connotaciones dependiendo de la religión, pero indistintamente de la profesada, se puede decir que la muerte es un paso más dentro del camino de salvación de las personas: Un momento de transición entre la vida terrenal y el cielo donde se perpetúa la vida en forma ahora espiritual; esto claro, dependiendo de la condición espiritual del individuo.

Tras el reconocimiento sanitario de la pandemia en Quetzaltenango y en medio de los picos de contagios y muerte por COVID 19, se implementaron protocolos de acción para preservar la salud y la integridad ciudadana. No obstante, las nuevas prácticas aplicadas de manera emergente en respuesta a la amenaza, no armonizan con el contexto arraigado a sus costumbres, ritos y tradiciones en torno a la muerte.

Este estudio analiza la muerte ritualizada y su importancia para enfrentar la realidad de la muerte en medio del escenario de las restricciones por COVID 19 en Quetzaltenango. Las aproximaciones se efectúan partiendo de las significaciones simbólicas que para los ciudadanos representan cada uno de los momentos del ritual funerario y sus implicaciones socioculturales e individuales en la elaboración del duelo. Para comprender este escenario se realizaron entrevistas, observaciones de los procesos de velación e inhumación y se recabó

evidencia de carácter testimonial a través de los relatos de cuatro casos que se diferencian por la naturaleza de la muerte y la forma como se practica el funeral<sup>2</sup>. En consecuencia, se elabora un modelo que permite comprender las diferencias de un ritual funerario normal y los que se aplican en atención a las restricciones por la pandemia, así como sus implicaciones psicosociales y culturales.

### **A. La muerte ritualizada y su importancia psicosocial**

Dentro de las distintas culturas subyacen elementos que permiten su coherencia. Los elementos constituyentes conforman un todo, esto es, un conjunto establecido por una compleja red colectiva de actos mentales, cuya naturaleza intersubjetiva, permite a las sociedades operar en relación con el medio.

Este complejo holístico, sin embargo, es configurado históricamente y contemplado como un proceso en constante transformación. Los componentes culturales están en continuo reacomodo, sobre todo cuando por distintas razones, tanto exógenas como endógenas, los elementos se ven amenazados o alterados, obligando a efectuar los debidos ajustes, inserciones o recomposiciones. Es justamente en el entorno y la relación con este, que se dan las transformaciones y como procedimientos para menguar las alteraciones, las distintas culturas generan estrategias defensivas. Tales estrategias son diversas y entre estas es que se inscriben los ritos y costumbres, constituyéndose no solo en centinelas de la cultura, sino también en complejos sistemas simbólicos.

Algunos de los ritos menos estudiados en nuestro medio, pero no por ello menos importantes, son lo que se desarrollan en torno a la muerte. Desde el ámbito de la antropología, la muerte se entiende no solo como un proceso biológico, sino también social. La muerte implica una separación que transforma tanto al sujeto que parte, como al grupo que lo pierde, pero este último, que es consciente de la situación, asimila y afronta la separación a través de lo que se conoce como proceso de duelo.

El duelo hace referencia a la condición emocional, psicológica y psicosocial, manifestada ante la pérdida de algo o alguien hacia el que el sujeto o sujetos se sienten vinculados. Puede desencadenar reacciones desadaptativas como llanto, tristeza, depresión, impotencia, enojo, entre otros. Un duelo no procesado, puede desarrollar trastornos que requerirán de atención profesional.

En el caso de la muerte y atendiendo al hecho de que las formas de expresión ante el duelo son distintivas dependiendo de cómo los individuos, en forma individual y colectiva, la entienden, se puede decir que el duelo es el “conjunto de representaciones mentales y conductas vinculadas con una pérdida afectiva” (Flórez, 2002).

---

<sup>2</sup> Por respeto de los dolientes y a solicitud de los mismos, los nombres reales fueron cambiados en el informe.

Alejandro Magno asumió la muerte de Hefestión, su mejor amigo y compañero, en una forma que, en la época contemporánea, podría ser inimaginable. Las narraciones de Plutarco, el historiador, relatan que tras la larga fiebre y muerte de Hefestión, la pesadumbre de Alejandro no conoció límites. La perturbación duró tres días, de manera que Alejandro se apartó de las tropas macedonias sin probar alimento, descuidando su apariencia personal, oficializó luto generalizado y construyó una pira funeraria bastante representativa en la misma Babilonia. De otros comportamientos que asumió, hay disensiones entre los historiadores, pero entre los más extravagantes resaltan las narraciones que aseguran que Alejandro mandó cortar las crines de todos los caballos de las tropas para elogiar desmedidamente al que había partido. Pero hay otros relatos que indican que, incluso, para sobrellevar el dolor, el poderoso diplomático destruyó más de una aldea completa y dio muerte a sus habitantes, así como que derribó el mismo templo del dios de la salud como venganza por negarse a salvar al amigo.

Se sabe que la reina Victoria de Inglaterra vistió de negro desde la muerte de su esposo, el príncipe Alberto en 1861, hasta la suya en 1901. Y de la India que hasta 1829, cuando los ingleses prohíben la práctica conocida como *Sati*, la viuda ardía en la pira funeraria de su marido, porque se suponía que en esta vida ya no iba a encontrar felicidad, aparte de que se consideraba que la unión matrimonial era perpetua y que al arder juntos también podrían renacer en un mundo divino (Melenchón, 2014).

Indistintamente de las formas tan insólitas que los sujetos pueden llegar a asumir ante la muerte de un ser querido, lo relevante es la forma como se organizan y movilizan ideas, sistemas de valores y creencias, tanto de forma individual, como social, para enfrentarse al fenómeno, debido a que el momento de la muerte implica un reacomodo o reajuste ante el entorno. Aunque es inevitable y reconocida como tal, la muerte vulnera a los individuos generando distintos sentimientos, pero dependiendo de la concepción que cada grupo social tenga respecto a este fenómeno, se manifestarán complejos culturales diferenciados.

A través de los actos ceremoniales de distinta índole o de la actividad ritual se facilita ese tránsito y se contribuye a la preservación del equilibrio individual y social de los miembros de una comunidad. En aquellas sociedades donde el acontecimiento adquiere un significado doloroso, los individuos generan concepciones y símbolos que les permite evitar la irrupción e inestabilidades ocasionados a los componentes culturales. Los ritos, las ceremonias, no son sino una expresión externa de emociones y mecanismos culturales para la estabilización del grupo social.

Las complejas ceremonias del embalsamamiento y procesos por conservar los cadáveres que se practicaban en el antiguo Egipto, obedecen a la creencia de que la muerte era un momento transitorio de abandono del espíritu (*ka*) para reencarnarse en un ave. En esta fase, el nuevo ser iniciaba una fase de peregrinación que al concluir le obligaba a retornar al cuerpo. Si el “*Ka*” no encontraba el cuerpo, se extinguía (Pacheco, 2003). En la India, por el contrario, la muerte es una conmemoración de la vida y la destrucción del cuerpo favorece la liberación del alma, de ahí la necesidad de destruir el cuerpo a través de la cremación para que el alma avance hacia el próximo viaje. La costumbre obliga a encender una lámpara en la cabeza del

difunto para guiar al alma mientras los seres queridos se reúnen para la oración, los cantos y las lecturas de las escrituras (Fernández, 2000).

Desde la cosmovisión andina, los rituales mortuorios están cargados de una elevada significación simbólica, ya que hay elementos holísticos que permiten el paso desde lo terrenal hacia el *sumak kawsay* o buen vivir. La muerte es solo una separación temporal y la culminación de una etapa. A diferencia de otras sociedades, la pérdida no es una tragedia, sino un momento de transición. En la creencia andina no hay despedida sino la continuidad del ser en la totalidad del universo. Esta idea se expresa en el rito funerario a través de juegos, al igual que bailes (como el fandango) y mucha comida (Morales, 2019).

En el contexto guatemalteco, la concepción del mundo y la vida que determinan las creencias y costumbres en torno a la muerte varían entre cada pueblo y religión. En los tiempos más antiguos, los mayas abrazaban un concepto de muerte muy arraigado a todos sus rituales y ceremonias. En la creencia, *Aj'Puch*, deidad principal del inframundo y cuidador de los muertos que van a Xibalbá, está presente en las ceremonias y ritos mayas. Los vestigios fúnebres dan cuenta de la ostentación de las ceremonias en aquel tiempo. Pero tras el arribo del cristianismo en el siglo XVI, se introducen nuevas prácticas que sincretizan las ideas religiosas (Lara, 2002) y, aunque en la cultura judeo-cristiana la muerte ha sido considerada como un evento doloroso y la antítesis de la idea del progreso, en el contexto general guatemalteco la idea de la muerte es la del proceso de separación del cuerpo y el alma (ánima). Las almas buenas transitan hacia el cielo, las malas hacia el infierno<sup>1</sup>. Su destino dependerá del comportamiento que haya tenido en la vida en este mundo.

No existe consenso entre las distintas religiones sobre la periodicidad del arribo del alma hacia el cielo o el infierno y la forma como el proceso se efectúa. En el catolicismo se cree que el alma se desplaza hacia el purgatorio mientras arriba a un nuevo estatus; mientras que, entre los adventistas, predomina la creencia de que el cuerpo descansa hasta el momento de la resurrección, momento en el que se decide el destino final de cada alma. Pero, indistintamente de la fe religiosa que se profese, en la creencia popular prevalece la idea de la sacralización de la despedida, propiciando un escenario en el que se facilite el acercamiento al difunto, proporcionándole todas las honras necesarias, esto no solo para enfrentar la separación inminente, sino para el fortalecimiento colectivo y espiritual ante la incertidumbre del destino del alma que parte. De ahí que la ceremonia fúnebre, esté encaminada a fortalecer la idea del arribo del difunto a una vida mejor.

Fuera de lo que se pueda pensar, el rito funerario no se inicia con el deceso y concluye en el entierro. Uno de los momentos es la gestión del cuerpo, que consiste en la forma de preparación y evacuación. El otro momento es el de la despedida y, posteriormente, se suman los ritos calendáricos que se realizan con el fin de conmemorar a los difuntos.

La tanatopraxis y tanatoestética, son prácticas y técnicas que se remontan a siglos atrás, implementadas para gestionar el cuerpo del fallecido y ser presentado a los dolientes para su despedida. En algunas ocasiones, estas prácticas se encaminan a acelerar el proceso de evacuación (como la cremación o la exposición del cadáver al sol). En otras ocasiones se

pretende resguardarlo del proceso de descomposición (como el embalsamamiento), suprimirlo totalmente (como la momificación), o preservarlo sin tenerlo a la vista (como la inhumación).

Pese a que parece una práctica cualquiera, la técnica de la preparación del cuerpo para su evacuación es más humana de lo que pueda pensarse. Mientras que el tanatopractor busca limpiar y desinfectar el cuerpo para eliminar las bacterias que aceleran la fase de autólisis, la tanatoquimia y la putrefacción, el tanatoestético persigue el cuidado estético del difunto, centrándose en la apariencia visual de manera que el impacto *post mortem* sea minimizado ante los familiares y amigos. Esta actividad implica una atención del difunto muy minuciosa que va desde la preparación del cabello, el afeitado del rostro, adecentar las uñas, mejorar el color del rostro mediante usos de maquillajes, etc.; pero todo pensando en el apoyo emocional a los dolientes, no tanto en el difunto.

Las formas de preparación del cuerpo, así como los símbolos y significados, variarán de grupo social a otro y entre culturas. La vestimenta o mortaja del difunto, por ejemplo, adquiere dentro de algunas familias y grupos sociales un momento cargado de muchos significados y emociones. Es considerado un momento de preparación para la partida, la purificación y el enmascaramiento del proceso *post mortem* para enfrentar la muerte. Según Van Gennep (1986; citado por Allué, 1998), este momento del rito lleva por objetivo suministrar al cadáver todo lo necesario para el viaje y son al mismo tiempo procedimientos profilácticos *animistas* (facilitan la partida del espíritu) y *contagionistas* (preservan al superviviente de la impureza de la muerte: luto, baños, etc. ).

En la mayor parte de las culturas, los actores de este momento son escrupulosamente elegidos. En algunas familias de ascendencia kiché, el proceso de amortajamiento solo se le permite a las personas ancianas, en un acto de respeto y de dignificación hacia el fallecido. Las mortajas son cuidadosamente seleccionadas y colocadas casi de forma ceremonial.

Una vez el cuerpo está listo, es presentado a los familiares para los primeros acercamientos y los primeros momentos de la despedida. De alguna manera, permite a los deudos empezar a procesar el duelo.

La siguiente fase, la del velorio se constituye en un espacio escénico -las flores, las velas, los símbolos, el incienso (en algunos casos), la música- que confluyen con actores y comportamientos instituidos culturalmente con el fin de brindar acompañamiento a la persona fallecida y sus deudos. Esta es la primera fase que cumple con la función de socialización de la pérdida y los símbolos del luto utilizados favorecen la catarsis y la expresión emocional del sentimiento de pérdida.

Una de las funciones principales del velorio es la de estructurar el caos emocional que la resistencia y la negación a la muerte pueden ocasionar. Puede permitir ese transitar de la confusión hacia la asimilación racional de la nueva realidad. Dentro del proceso se suscitan momentos de conglomeración y momentos íntimos, donde la familia tiene la oportunidad de empezar a racionalizar la pérdida, compartiendo con los otros comunes el dolor en un clima de seguridad. Los momentos íntimos de las horas más nocturnas, favorecen las remembranzas y la comunicación con el cuerpo que, aunque inerte, está presente para cerrar

ciclos y manifestar lo que se necesite. El contacto favorece la comprensión del evento doloroso sin sentir la ruptura de forma tan abrupta como sucedería si ese contacto no fuese posible. Al final, es una forma de preparación para la despedida final.

Otra fase dentro de los rituales modernos lo constituye el servicio de despedida. Este puede variar según pueblo, religión y cultura. Pero en los rituales más modernos y occidentalizados, el servicio religioso o ceremonia, facilita a los familiares y amigos arraigarse a sus principios de vida y creencias fundamentales, esto con el fin de sobrellevar de mejor manera el proceso de duelo que se ha impuesto.

En el momento de esta ceremonia, muchos sentimientos afloran, algunos incluso de forma contradictoria. Los individuos dan cuenta de cómo, ante la separación inminente, buscan consuelo en las creencias instituidas cultural y religiosamente, pero a la vez, estas mismas creencias parecen desvanecerse ante la realidad objetiva, que duele y golpea. En todo caso, el proceso coadyuva el arraigo de las creencias y al fortalecimiento de las ideas esperanzadoras de la muerte, no vista como un final, sino como el inicio de un nuevo ciclo; permitiendo a los deudos manifestarse más reconfortados.

La liturgia funeraria católica describe la misa funeraria como el momento “*de dar a gracias a Dios quien nos creó, murió por nosotros y quien nos vuelve a llamar para que volvamos a Él*” (Roberto Siliezar, comunicación personal, 13-01-2022). El énfasis no se concentra en el difunto, sino en el plan de salvación y la resurrección. En otros grupos y religiones, se suelen efectuar cultos de consolación a los deudos para fortalecerles en el momento y proceso de pérdida. En estos casos, la liturgia también se concentra en la resurrección y en el reconocimiento de la acción divina en ese proceso.

Para otras culturas, sin embargo, la ceremonia se concentra más en el difunto, sobre todo en las que cosmogónicamente asocian la muerte con la regeneración de la vida. Pese a las diferencias existentes, se puede apreciar que las acciones siempre están dirigidas al objetivo de procesar el momento y perseguir un mejor estado después de la muerte.

Por último, y catalogada como una de las fases más trascendentales y difíciles para algunos grupos sociales, pero para otras un momento de fiesta, es el proceso de inhumación, mismo que, para la mayoría de sociedades tradicionales que aún practican el enterramiento orgánico colocando el cuerpo en contacto directo con la tierra, simboliza la reintegración a la naturaleza. Para otras sociedades más occidentalizadas puede ser un estado de resguardo del cuerpo mientras el alma se transforma y viaja hacia otro destino, o también puede entenderse como un estado transitorio a la espera de la resurrección.

En el contexto inmediato hay varias creencias al respecto del por qué se sepulta a los fallecidos. Algunos suponen que se debe al temor a que los muertos retornen al “mundo de los vivos”, de ahí la necesidad de las cajas y féretros sellados. Sin embargo, hay datos de que es desde la introducción del cristianismo que se orientan nuevas ideas sobre la inhumación, estas guiadas por la liturgia propia de distanciarse del pagano, principalmente las brujas, herejes y criminales, de manera que incorpora el ataúd como envoltorio y el sepulcro de obra como una coraza. Montañes (2016), refiere que es con la instrucción *Piam et Constantem* de



1963 que la iglesia católica, a través del Santo Oficio, aconseja vivamente la costumbre de sepultar el cadáver de los difuntos. La consigna deja ver de forma muy clara, que la costumbre es un acto piadoso y una muestra de compasión para el difunto. La privación de la sepultura es entendida como un castigo y el “cuerpo sin reposo, abandonado a su suerte, y privado de ceremonias que faciliten la partida definitiva del espíritu, produce aún más horror” (Allue, 1998; p. 5).

Esta nueva práctica y las significaciones implícitas permiten comprender la importancia de proveer de una “cristiana sepultura” a los fallecidos y el nivel de importancia que adquieren tales significaciones para la familia y amigos dolientes. De hecho, el código de Derecho Canónico explica que las exequias eclesíásticas por un “fiel difunto” son las honras fúnebres con la que la iglesia obtendrá para los difuntos la ayuda espiritual y honra a sus cuerpos, y a la vez proporciona a los vivos consuelo de la esperanza (Montañes, 2016).

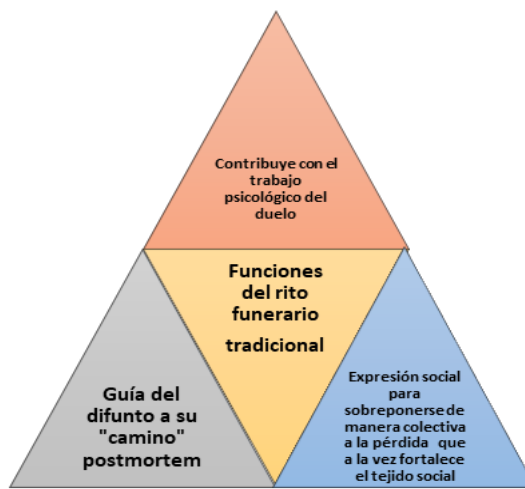
La fase del traslado hacia el camposanto o cementerio, también es un momento trascendental dentro de la ceremonia. En la forma tradicional la práctica implica cargar en hombros, en carrozas fúnebres o con la manos, el féretro o caja que contiene al difunto desde la casa hasta la tumba. Los elegidos son las personas que tenían vínculos más estrechos con éste. En las sociedades menos tradicionales, son los encargados de las funerarias quienes realizan este traslado en automóviles especiales.

El rito inmediato concluirá con el momento de la sepultura. Las características del proceso, variarán de momento, lugar y cultura, así como los símbolos y representaciones sociales. Se constituyen en el momento de la separación física entre la familia, amigos y el difunto. Sin embargo, posterior al entierro, también se pueden realizar en algunas culturas y grupos sociales, los llamados **ritos calendáricos**, que tendrán como objetivo conmemorar el alma del difunto, o en algunos casos, abrazando una connotación más litúrgica, persiguen guiar al difunto en su proceso de traslado hacia un estado diferente. Las misas y rezos para que éstos alcancen su salvación y abreviar su estadía en el purgatorio, son algunos ejemplos de este tipo de rito.

Pero en la tradición también subsisten ritos calendáricos más colectivos, que son de vital importancia para las sociedades. En todo el contexto mesoamericano, todo el proceso se desarrolla entre el momento ceremonial fúnebre y la conmemoración estacional del difunto. Es en este último momento, donde la muerte pierde el sentido de dolor y terror para convertirse en un momento sagrado, solemne y de fiesta: tal es el evento periódico de conmemoración del difunto reconocido como el día de todos los Santos o los Santos Difuntos.

## Esquema 1

### Funciones socioculturales y psicológicas del rito funerario



Fuente: Autoría propia

Al final del análisis de todos los símbolos y significaciones en torno a la muerte, conlleva reconocer, primero, que los ritos funerarios permiten sobrellevar el duelo de mejor manera, afianzar las creencias y costumbres, estabilizar la sociedad y consolidar las redes sociales. Luego, y en consecuencia de lo anterior, permite comprender que la muerte no es solamente el fin de la vida de un individuo aislado, sino de una parte de la sociedad, pues como bien indica Hertz, la muerte “disuelve al ser social que está inscrito en esta individualidad física a quien la sociedad asigna una dignidad e importancia más o menos fuerte” (1997; Citado por Arango, 2017). En el proceso de sobrellevar esa pérdida social, los grupos humanos crean signos y representaciones de las que difícilmente pueden prescindir, pues como bien apuntaba Thomas (1991; citado por Arango, 2017) el estricto cumplimiento de los rituales depende de lo que simbólicamente ocurrirá con el difunto y con la comunidad.

#### **B. La colectivización del rito funerario y sus imaginarios en Quetzaltenango**

Pese a la fuerte injerencia de la racionalidad occidental, Quetzaltenango es un municipio cuyos grupos sociales (principalmente en las áreas rurales) aún conservan muchas de sus tradiciones y costumbres, sobre todo en torno a los ritos de la muerte. En sociedades tradicionales como ésta, pesan mucho más los aspectos consuetudinarios que los jurídicos y sanitarios, porque los componentes culturales asociados contribuyen a la afirmación simbólica de los valores del grupo que han sido estandarizados.

Particularidades del ritual funerario en las sociedades tradicionales relacionadas con el velatorio, el ofrecimiento de alimentación a los acompañantes y las particularidades del

entierro, son costumbres arraigadas que forman parte del núcleo duro de las culturas y, por ende, son componentes que solo influyentes y portentosos sistemas de creencias pueden desplazar en un lapso muy extenso en el tiempo.

Dentro de la comunidad el significado de acuerpar a los deudos en el proceso funerario, es entendido como reglamentario. Persiste la idea de que si no se realiza el acompañamiento es una “vergüenza” y un acto de “ingratitude” que puede ser fuertemente señalada por el resto del grupo social. En tales contextos la conciencia de la pérdida ya no se particulariza a la familia, sino que se hace colectiva y se traduce en un acto social de reciprocidad. El sufrimiento, aunque mayor en los familiares y amigos cercanos, pareciese generalizarse a la comunidad. El fenómeno contribuye a la consolidación de la red colectiva y a la larga, tal consolidación, es una necesidad cultural que se puede anteponer ante cualquier medida sanitaria y legal. Nada puede, ni debe, comprometer la solidaridad dentro del grupo.

### **Imagen 1**

#### **Acompañamiento colectivo en ceremonia funeral**

#### **Aldea el Rodeo San Carlos Sija (2022)**



Fuente: Producciones San Carlos, 2022 (Facebook).

Esta tradición social, es menos intensa, sentida y colectiva en las sociedades industrializadas. Las ideas y nuevos sistemas de creencias han trastocado estas sociedades, y los significados, como símbolos aún apegados a las comunidades tradicionales, ya no forman parte de las más occidentalizadas. Pacheco (2003), asegura que las sociedades industrializadas manifiestan una crisis de valores que conlleva eludir el sufrimiento y la muerte; y por el contrario, impulsa al deseo de la obtención de los bienes materiales y el disfrute inmediato, así como del goce sin límites. Esta negación de la muerte se desarrolla paralelamente a la banalización del fenómeno con la invasión de imágenes, incluso satirizadas, de la muerte en la televisión y el internet; sobre todo en esta sociedad violenta donde desde niños, los miembros de la sociedad son expuestos de manera cotidiana a recursos audiovisuales explícitos sobre ella.

El acompañamiento en el ritual mortuorio se traduce en un proceso de asistencia social que permite manejar y sobrellevar de mejor manera el duelo. En el proceso se articulan complejas interrelaciones entre los participantes donde se desarrollan ciertas liturgias y conductas cargadas de solemnidad. Algunas de tipo verbal, como las palabras que se transmiten o de tipo no verbal, como la forma de vestir, la forma de comportamiento o la práctica alimentaria para agradecer a los acompañantes.

En Quetzaltenango el uso del pañuelo negro amarrado a la cabeza de las mujeres suele ser una conducta que aún se conserva entre las mujeres de mayor edad en algunas comunidades. El pañuelo no solo es un distintivo en el duelo, sino que existe la creencia de que el pañuelo amarrado alivia el dolor de cabeza que ocasiona el desfallecimiento ocasionado por la tristeza.

En el medio, las frases cargadas de emoción, como el *“lo acompaño en su dolor”*, *“mi más sinceras condolencias”*, son aportes psicosociales afectivos significativos para los deudos, en tanto que según ellos, reconfortan, animan y les permite recordar sus principios y creencias para aferrarse a ellos. Otra de las frases muy utilizadas en el entorno es el de *“hay que aceptar lo sucedido”*, una expresión que, aunque parece ilusoria en el momento que se transmite, contribuye a la reflexión del momento de crisis para iniciar con el proceso de aceptación como una de las etapas durante el duelo.

*“Hay que darle a la gente que pierde a un ser querido palabras de consuelo. Lo que más les decimos es: Tenga paciencia, resignación, Dios sabe por qué se lo llevó” (Silvia Ruiz, comunicación personal, 25-01-2022).*

Estas palabras suelen ir acompañadas del contacto físico, principalmente abrazos o delicadas palmadas en la espalda, mismas que son una manifestación de afecto y empatía para sobrellevar de mejor manera el duelo. La práctica es un momento solemne que manifiesta el cuidado hacia las personas que abordan la muerte con el fin de consolidar el lazo comunitario, pero también aportan al deudo un estado de bienestar.

*“Cuando me abrazaron en el funeral de mi mamá hace años, sentí un alivio que me fortaleció. Me consoló bastante. Nos anima más, se siente el aprecio, que lo quieren a uno” (Juana Poroj, comunicación personal 2-02-2022).*

Según la Facultad de Psicología de la Universidad colombiana de la Corporación para Estudios en Salud -CES-, la humanidad comparte con otros mamíferos el diseño social de la *“manada”*, por lo que los gestos asociados con el contacto físico favorecen el sentimiento de plenitud y vinculación con el resto de los miembros de esa *“manada”*, aparte de que genera oxitocinas que a su vez disminuyen el cortisol y la adrenalina que son las hormonas del estrés (Corporación para Estudios en Salud, 2021).

Entre las comunidades Kichés, la participación en las ceremonias mortuorias resaltan igualmente la necesidad de solidarizarse con la familia doliente:

*“Es muy importante asistir a los velorios y los entierros porque hay que compartir con los que sufren...” (Abel Son, comunicación personal, 15-12-2021).*

Las conductas en éstas comunidades más tradicionales, suelen estar cargadas de mucha emotividad. Los amigos y vecinos lloran con los deudos en un acto de solidaridad y condolencia, aún cuando quien fallece no sea un amigo cercano o familiar.

Dentro del grupo social sobresalen los esfuerzos por alivianar la carga del doliente y para honrar al difunto, de ahí la tradición de llevar regalos y ofrendas con símbolos variados y significaciones relevantes para la comunidad. En un acto de solidaridad, la comunidad participa en el proceso de la búsqueda del bienestar común para restablecer el equilibrio. Las acciones sociales emprendidas persiguen la recuperación de la salud mental y el bienestar a través de la aportación a los dolientes de distintos alimentos o regalos con características diferentes. Algunos de los regalos más usuales son las bebidas alcohólicas y los tés de hierbas naturales, entre éstas el té de ruda y el aguardiente.

Fuera de lo que tradicionalmente pueda pensarse, el aguardiente es concedido como un regalo para el alivio de la familia doliente ante la inminente tristeza. Este tipo de bebidas tienen un efecto relajante en el cuerpo contribuyendo significativamente a las reducciones de estrés.

*“El traguito le sirve al doliente para alegrar el corazón y ayudar para la tristeza. Es para que el corazón no duela más. En cambio, la ruda es para que esté tranquilo y se reponga del susto de la muerte” (Juana Poroj, comunicación personal, 03-02-2022).*

Otros alimentos otorgados suelen ser los de naturaleza dulce, como el azúcar y el pan; mismos que por su alto contenido de sacarosa contribuyen a otorgar energía ante el desfallecimiento que produce la muerte de un ser cercano. Los atoles o bebidas de cereales, también suelen ser muy utilizados en un esfuerzo por contribuir con la alimentación de la familia doliente.

Entre los grupos de las urbes o con tradiciones más apegadas a occidente, las ofrendas más recurrentes son la florales, bien sea en forma de ramos o en coronas, así como las tarjetas de consolación. Los crisantemos, las lloviznas y las rosas, son las variedades más incluidas en estas ofrendas a los dolientes en el medio. Su significado puede ser variado, pero en la cultura prehispánica las flores se dispersaban para guiar el camino del difunto. En la actualidad, las flores se utilizan para adornar y alegrar el momento fúnebre. Puede llevar como propósito aliviar el dolor a través de los colores y los aromas. De hecho, para algunas familias significa *“aromatizar la estancia del ánima, la cual, al marcharse, estará contenta”*.

En tanto que las flores en ramos adquieren un significado en el sentido más terapéutico, los pétalos y las coronas denotan representaciones más espirituales. La forma circular de las coronas son símbolos que giran en torno a mitos y representaciones sobre las diversas creencias de la muerte. En Valencia (España) se hallan inscritos círculos en las lápidas que significan perfección (Escorihuela, 2013). También hay rastros muy representativos de las coronas en la iconografía funeraria helenística-romana del Medio Oriente, que en la cara del altar adquiere una ofrenda de homenaje y veneración al difunto, pero también le serviría para su descenso al Hades para protegerse y librarse de los espíritus nocivos a cuyo poder quedaría expuesto (Olavarri, 1987). Mientras que, en la Edad Media, el fin de la vida era mostrada en

la imaginería a través de esqueletos que se levantaban a media en noche de sus tumbas y que danzaban en forma procesional en círculos (Escorihuela, 2013).

En la tradición judeo-cristiana la corona tiene más bien relación con “*la inmortalidad del alma y el premio que reciben los santos al morir y estar ante la Presencia Divina*” (Silvia Ruiz, comunicación personal, 25-01-2022). Solo los justos reciben esa recompensa, solo su alma es inmortal y merecedora de ese premio. Ahora, en Latinoamérica, bajo la incidencia fuerte del cristianismo, el círculo de la corona es el símbolo de la continuidad y eternidad, reflejando que todo es un proceso sin principio ni fin, por lo que representa el ciclo de la vida en el que nace, se vive y luego se muere para retornar al espíritu.

La comensalidad es otro de los elementos constituyentes en muchas festividades, y curiosamente también lo es en el rito funerario. La historia da cuenta del uso de la comida en ritos funerarios de culturas antiguas, principalmente para que acompañe a los muertos en su camino hacia el otro lado de la muerte. Pero en el contexto de análisis, la comida adquiere un carácter diferente. En forma generalizada, se maneja la idea de que la comida servida lleva la función de agradecimiento a la gente que asistió al velorio, al sepelio o novenario. Por lo regular, se cree que la calidad y abundancia de la comida puede reflejar cierto prestigio. Sin embargo, hay aspectos inherentes dentro del rito que hacen suponer que la práctica rebasa la mera intención del agradecimiento, el agrandar o la satisfacción de la necesidad biológica del alimento.

El componente tradicional y las costumbres alimentarias se patentizan en el mismo rito funerario y se manifiestan desde la diferenciación de los platillos en cada grupo social. Por ejemplo, en algunas aldeas de San Carlos Sija, en la parte céntrica del municipio de Quetzaltenango, así como en el municipio de Cantel, el estofado de res se constituye en el platillo tradicional de los funerales, principalmente entre las familias más pudientes. En las aldeas del área costera, como el municipio de Coatepeque, el platillo más utilizado en las comunidades es el tamal de maíz con carne, mientras que en la periferia del municipio de Quetzaltenango, el platillo recurrente es el *cocido* (caldo de res con verduras) o en casos especiales, el *pepián* (recado de pollo) o el *quichón o quichóm* (un recado bastante condimentado acompañado de pollo).

Pero aparte de la tradición culinaria, la comensalidad en el rito funerario adquiere particular importancia dentro del proceso de vinculación social y comunalidad. La colectivización dentro del funeral es tal, que en un acto de consolidación del grupo social, hombres y mujeres se organizan para desarrollar las tareas de preparación de los alimentos y para estructurar los espacios donde la gente se congregará para celebrar la ceremonia fúnebre y para desarrollar la actividad comensal.

En muy poco tiempo y con el auxilio de vecinos, amigos y familiares, estructuras provisionales con madera, lonas y pino en el suelo, quedan dispuestas para desarrollar el rito funerario. El nuevo escenario no es solo una idea materializada para satisfacer una necesidad, sino también la de la alianza proba de los vínculos sociales existentes.

Como otra muestra de solidaridad, se acostumbra otorgar a la familia del difunto asistencia social, apoyo económico o víveres. En el municipio de Cantel es muy común que el rito funerario se extienda por varios días y cada uno de ellos implica la necesidad de brindar alimentación a los asistentes, no solo en un tiempo de comida, sino en cada una de las actividades que la ceremonia fúnebre implica. La primer comida se sirve durante el velorio, la misma puede ser variada y es el primer acompañamiento que los familiares reciben de parte de la comunidad. En un acto de agradecer esa estima, se brinda de alimento. Al siguiente día, se sirve un desayuno y luego, previo al entierro, un almuerzo que se constituye en el platillo más fuerte y más costoso para la familia. Tras el entierro los amigos y vecinos retornan para la cena, donde por lo regular, se consume el mismo platillo servido para el almuerzo<sup>3</sup>.

A partir del tercer día, en una práctica colectiva y de apoyo a la familia, los pobladores del municipio de Cantel practican la denominada “*lavada de ropa*”, una costumbre solemne que se realiza un día después del entierro en la que los vecinos y amigos, trasladan a alguna pila de una vivienda o hasta el tanque comunal, la ropa de la familia del difunto para lavarla, esto como símbolo de “*levantar la enfermedad del que falleció*”. El ritual es muy significativo para la comunidad, pues implica la purificación del hogar de la familia doliente para evitar más pérdidas humanas.

Al cuarto día se practica el rito de la “*prendida de las velas*”, un acto masivo en el que se encienden veladoras y candelas ante la cripta para iluminar el camino del difunto. En este acto, también se provee de alimentación a los asistentes, pero aunque el impacto económico para la familia es bastante considerable y de alguna manera marca los estatus sociales, cada momento es valorado y representativo en tanto que es compensado con la interacción que mantiene con el resto de la comunidad con el fin de fortalecerse ante la separación del ser querido y para mantener el ideal y la cosmovisión vivas. Y aunque las actividades parecen ser muchas y representen gastos, tiempo y aglomeraciones, son procesos revitalizadores para la comunidad.

“Gastar en abundancia y redistribuir generosamente, expresa el calor de Eros y la permanencia de los lazos, reforzados y reinaugurados permanentemente por la obligación de reciprocidad. La estrategia es costosa, pero bastante eficaz: para el grupo que reencotró su unidad y su cohesión, la muerte no habrá sido sino más que contratiempo (Thomas, 1985; citado por Arango, 2017).

La tradición de la comensalidad, sin embargo, no socava los principios de solidaridad instituidos en el rito funerario, sino de alguna manera, lo consolida. La presencia de las vituallas entre los habitantes garantiza que la vida solidaria siga siendo funcional. Esta es una práctica bastante recurrente entre los pobladores de los distintos municipios de

---

<sup>3</sup> Ya desde el siglo XIX, Richards advertía que las prácticas alimentarias simbolizan las relaciones sociales y que dar y recibir alimentos cocidos son un símbolo de la relación legal o económica que las hace posibles (Richards 1932, citada por Arango, 1917).

Quetzaltenango, perdiéndose únicamente entre los ritos desarrollados en las funerarias, pero en las aldeas y en los ritos funerarios gestionados por las familias y vecinos, los dolientes se agencian de víveres que la comunidad le aporta para subsanar el gasto realizado en la alimentación.

Dentro de las vituallas más mencionadas están: El azúcar, arroz, la maizena (harina de maíz), maíz, doblador, pastas, entre otros. Esto, con el fin de aliviar la carga económica que representa para los dolientes la muerte, sobre todo por esa atención alimentaria que se acostumbra otorgar en agradecimiento a la asistencia.

En los municipios de Almolonga y Zunil, se tiene por costumbre que los vecinos se organicen para proveer de los tres tiempos de comida a la familia doliente. La cantidad de días de apoyo va a depender de las capacidades de organización de los que se involucran en este acto de cuidado de la familia, pero se afirma que puede durar hasta por 25 días.

*“En la comunidad a través de las iglesias, los amigos, los vecinos y la familia extendida, se organizan para no dejar a la familia sola y los alimentan durante por casi 25 días” (Lili Sop, comunicación personal, 26-01-2022).*

El momento mismo de la alimentación no solo es una satisfacción biológica, sino un símbolo representativo de la acción recíproca y la correlación. El comer juntos es un momento significativo para la sociedad, porque se comparte en los momentos felices, pero también en los tristes. El momento adquiere un valor sustancial para la revitalización de los vínculos sociales en tanto recurso para la interacción. En tal sentido, la comida adquiere un carácter vinculante.

La comensalidad en el rito funerario es un acto simbólico en el que el acto mismo de comer juntos afianza la unión y el medio es la comida. En la misma práctica se puede apreciar el dinamismo que favorece la reciprocidad con la familia doliente y con el resto de la comunidad. En algunas aldeas de San Carlos Sija la asistencia al funeral es tan basta que el momento de la alimentación debe darse en turnos. La familia doliente suele disponer mesas largas donde se distribuyen los platillos. Los comensales comen conforme van llegando. Por lo regular, la mesa no dispone de sillas, por lo que la alimentación se realiza de pie. Pero el tiempo que se toman para comer dura solamente lo necesario, porque se sabe que hay otros grupos esperando el turno de su alimentación. La tertulia en esta caso, no se realiza alrededor de la mesa, denotando esa preocupación porque los otros también se alimenten. Al concluir, todos muestran su agradecimiento a la familia doliente de muchas maneras: Abrazos, apretón de manos, palabras alentadoras; que unifican.

El proceso del entierro se constituye en la sociedad en el momento cúspide de honra y la muestra de afecto y respeto de despedida al difunto. Es un momento que permite a los dolientes mostrarse en actitud humilde y servicial cargando en hombros el féretro para trasladar el cuerpo hasta esa última morada terrenal. Pese a que es una actividad que requiere de un gran esfuerzo físico, las significaciones implícitas obligan a los dolientes a mitigar sus emociones ofreciendo este servicio final al cuerpo inerte. Dentro del proceso de duelo, el



acto permite sobrellevar las culpas, descongestionar las emociones y expresar gratitud al difunto.

## Imagen 2

### Cortejo fúnebre -Almolonga-



Fuente: Mariano Riscajche, 2019. (Facebook).

Formar parte del cortejo fúnebre, es inherente al rito, al punto que acuerpar a los dolientes se constituye en una actitud moralmente obligada. El acompañamiento colectivo en la ceremonia adquiere un fuerte carácter social y se constituye en una obligación del grupo, o mejor dicho, en una muestra de solidaridad, de social reciprocidad y empatía hacia el que sufre. Es una obligación comunitaria que no se puede romper.

En esa realidad sociocultural, cuyas necesidades de colectividad y de solidificar los sistemas de creencias se ven satisfechas en los actos rituales, resulta una fuerte agresión cualquier nuevo sistema - por justificado que esté- que atente contra sus componentes culturales.

Los cambios y alteraciones en los acuerdos sociales que atenten contra estas costumbres, no solo afectan socialmente, sino también emocionalmente, en tanto que amenaza la acomodación que se busca ante el orden perdido. Todo proceso ritual funerario se desarrolla en torno a aspectos consuetudinarios, pero también se sujeta a normas jurídicas y sanitarias. Bajo condiciones normales, ambos elementos buscan mantenerse en correspondencia, pero cuando pugnan, se desencadenan fenómenos desestabilizadores en todos los sentidos sociales e individuales.

### **C. La muerte desatendida en el contexto de las restricciones mortuorias por COVID 19**

La aparición del COVID en el planeta no solo atentó contra la salud, la educación y la economía, sino también trastocó elementos fundamentales de la cultura y la sociedad tales como los ritos funerarios o mortuorios. Las implicaciones fueron planetarias. En la India, por ejemplo, resonó el momento en el que la capacidad de los crematorios fue rebasada por la cantidad de muertos por COVID. La necesidad de dar cumplimiento con la práctica ritual, obligó a esa sociedad a cremar a sus difuntos en los basureros, incluso en los ríos, ocasionando graves impactos sociales, ambientales y psicológicos.

Dentro del plan de contención y respuesta a la emergencia de la pandemia, el Ministerio de Salud Pública y Asistencia Social de Guatemala estableció prescripciones y procedimientos para regular la gestión mortuoria desde el momento del fallecimiento hasta el entierro y los procesos rituales calendáricos, como la celebración del Día de los Santos. Las medidas implementadas se enfocan en la necesidad de minimizar los contagios y para ello se norma de manera muy estricta la gestión del cuerpo de las personas fallecidas (que implica la recuperación, levantamiento, documentación, identificación, traslado y disposición final de estos) y las inhumaciones.

Al momento del entierro de una persona fallecida por COVID, las normas sanitarias restringen totalmente los contactos con los familiares y el rito del velatorio para minimizar los contagios. Las prescripciones más relevantes son:

- Un máximo de 6 horas desde que se prepara el cadáver hasta el entierro en el cementerio.
- Prohibición de la velación y/o servicios religiosos para evitar aglomeración de personas.
- El entierro tendrá una duración máxima de 15 minutos y se permitirá el ingreso al cementerio de hasta 3 familiares.
- Se prohíbe la asistencia de menores de edad y adultos mayores.

Las prescripciones sanitarias no se restringen solo a los fallecidos por COVID, también regulan las muertes distintas a la enfermedad:

- Un máximo de 6 horas desde que se prepara el cadáver hasta el entierro en el cementerio.
- Se prohíbe la velación y/o servicios religiosos para evitar aglomeración de personas.
- El entierro puede tener una duración máxima de 30 minutos y se permitirá el ingreso al cementerio de hasta 10 familiares.
- Se prohíbe la asistencia de menores de edad y adultos mayores.

Los procedimientos de gestión del cadáver se agudizan si se trata de una persona fallecida por COVID. Sobre todo se establecen técnicas, elementos, comportamientos, así como el equipo de protección para el personal a cargo del manejo e inhumación de los cadáveres.

Sobre el material para documentación, identificación y embalaje de una persona fallecida para su rescate y traslado, la normativa establece que debe utilizarse una bolsa especial para casos de infecciones o dos bolsas para cadáveres estándar. Estos deben ser identificados con dos etiquetas con el código *uno*, dos cinchos plásticos para sujetar las etiquetas y un juego de formularios.

Muchos de estos procedimientos, como las formas de recubrimiento del cadáver, la forma como se gestiona el cuerpo y el equipo utilizado por quienes realizan estas actividades, han sido impactantes para las familias dolientes, principalmente porque colisiona con los esquemas del trato de la persona fallecida que tiene la sociedad.

El normativo reconoce que, para algunas cosmovisiones, el cuerpo humano es una situación sagrada, por lo que recomienda un trato especial en el proceso de identificación del fallecido si se trata de un proceso de localización y recuperación del cuerpo, en el sentido de establecer el pueblo de pertenencia en el registro a través de familiares o vecinos.

Dentro de las prescripciones también se establece la necesidad de permitir el entierro digno de los cadáveres por COVID en lugares autorizados, así como el comunicar de manera apropiada a la población para evitar la estigmatización del fallecido y de los familiares bajo el entorno de la pandemia y resguardar las medidas de bioseguridad de la inhumación del mismo bajo su cultura y religión (Plan Operativo de Manejo de Cadáveres, 2020).

Sin embargo, la misma lógica de comportamiento para la gestión del cuerpo fallecido no puede armonizar con las costumbres y significaciones propias de los ritos funerarios de la sociedad, principalmente, porque se atiende muy bien la parte técnica y sanitaria, pero se obvia la parte psicológica y la espiritual. En estos aspectos, la muerte en tiempo por COVID ha quedado cultural y subjetivamente desatendida.

En la sociedad tradicional quezalteca, que es donde se particulariza este análisis, hay elementos dentro del ritual que pugnan con suma intensidad con las demandas sanitarias impuestas en respuesta a la pandemia, sobre todo porque, como ya se indicó, el fenómeno funerario no es un evento particular, sino colectivo; demandando de la presencia de muchas personas y actividades con el fin de sobrellevar el difícil momento del duelo.

En este contexto, cientos de historias surgen exponiendo una realidad brutal. Las nuevas experiencias de cara a la muerte son memoriales que permiten comprender cómo se enfrenta la muerte en los tiempos de restricciones por pandemia y como se trastocan los elementos culturales y las emociones humanas, al punto de vulnerar a los sujetos que sufren la pérdida y desestabilizar los elementos y componentes propios de la cultura.

Uno de los procesos más difíciles de asumir en la época actual es el de la desatención de la muerte, incluso desde antes que esta llegue. Recién en las últimas décadas se ha incluido en la psicología el tema de la muerte en el área de los “cuidados paliativos”, la cual contiene la

atención especial del enfermo y el involucramiento de la familia para preparar al paciente y que éste se fortalezca para enfrentar su propia muerte. El trabajo de la familia cumple con el doble objetivo de colaborar en el mejor modo posible en el acompañamiento del enfermo en etapa terminal, pero también permite que los mismos miembros de la familia comiencen a elaborar la proximidad de la pérdida de su ser querido. Al final, se pretenden facilitar la transición de los últimos períodos de la vida.

En las familias tradicionales o de culturas más arraigadas a sus tradiciones, el acompañamiento del enfermo es una costumbre fuertemente arraigada, por una obligación moral. No es secreto que algunas comunidades, como los vecinos de Almolonga, de Zunil, por mencionar algún ejemplo, sean bastante fieles al visitar a sus enfermos; práctica que realizan de manera aglomerada, bien sea en los hospitales o en los hogares. El enfermo, sobre todo el de tipo terminal, no está solo; siempre será acompañado de sus allegados.

Este acompañamiento permite a los enfermos terminales despedirse de manera apropiada de la vida, de la familia y los amigos, así como tomar decisiones sobre cuestiones relacionadas con la enfermedad, la muerte y las ceremonias sobre la muerte. Es una manera muy humana de asegurar “un buen morir”, aparte de que ayuda a los familiares a elaborar el duelo por muerte y no desarrollar patologías en el futuro cercano.

*Cuando mi mamá se enfermó de cáncer hace como 10 años, ella estuvo en la casa, pero fue fácil, porque nos turnábamos para cuidarla. Cuando murió todos estábamos con ella y la lloramos juntos. Eso fue de mucho apoyo, porque la muerte no se siente tanto (Juana Poroj, comunicación personal 2-02-2022).*

Cuando estos procesos entendidos socialmente como parte de la cotidianidad son irrumpidos por situaciones adversas como la pandemia, pueden tornar el proceso del duelo en un evento muy complicado, doloroso o hasta traumático. Según Yoffe (2000), en los casos en los que los familiares no tuvieron la oportunidad de tomar contacto con el cuerpo del ser amado - porque éste fue víctima de una desaparición forzada o porque sufrió alguna mutilación o desfiguración por accidente, suicidio u homicidio- son considerados en el plano de las pérdidas ocurridas en circunstancias traumáticas. La aceptación de la muerte bajo tales circunstancias se torna compleja.

Los sucesos documentados de los procesos de protocolo de inhumación en la ciudad quezalteca y los relatos de personas que perdieron a sus seres queridos entre los años 2020 y 2021, esclarecen el proceso que se ha tenido que enfrentar en el contexto del COVID antes, durante y después de la muerte de un ser querido. Los informantes son oriundos de la ciudad de Quetzaltenango y sus distintas experiencias confluyen en aspectos en común que se organizan en el esquema 1 para comprender el proceso del duelo y cómo se ha vivido el rito funerario en este complicado período.

## Relato 1. El caso de un deceso por causas distintas al COVID.

*Nunca había perdido a alguien tan cercano. Cuando era niña perdí a alguien, pero recuerdo que fue pasajero, el dolor lo asimilé mejor. Pero en esta ocasión mi padre murió tras una larga enfermedad y ya en varias ocasiones ingresaba y volvía a recuperarse, aún con sus 91 años pensé que, esta vez, también lo lograría. Lo veía fuerte. Era grandote e invencible, según yo. Pero el 19 de abril de 2021 mi sobrino, que estaba en el IGSS, me avisó de su deceso.*

*Hacía dos semanas que Giamatei había puesto normas nuevas, entre estas, que los velorios quedaban prohibidos y que no se permitían visitas en los hospitales. No lo pudimos visitar así que la muerte nos tomó por sorpresa. Su cuerpo estuvo en el funeral dos noches sin que nadie pudiera entrar. Al fin pudimos entrar de dos en dos. Cuando lo vi ya estaba vestido, pero no pudimos velarlo. El tiempo que pudimos estar con él, fue realmente poco.*

*Fue muy duro ver a las personas que entregaron a mi papa y que manejaron su cuerpo que tenían el traje. Algunos de mis familiares estaban inquietos porque él no tenía COVID. Entendemos que ellos se están cuidando, pero fue una gran impresión ver esa escena. Eso aumentaba el dolor. A mi hija le afectó mucho ese momento.*

*Debido a que mi papá murió por causas distintas al COVID, permitieron ingresar al cementerio a 10 personas. Fue suficiente para que mis 8 hermanos, mi mamá y yo ingresáramos, pero un tío nuestro, ya avanzado en su edad, no podía entrar. El había viajado para despedir a su hermano. Costó mucho convencer a los responsables del cementerio que le permitieran el ingreso. Varios familiares tuvieron que quedarse fuera, porque ya no pudieron ingresar, así que se tuvo que realizar una grabación dentro con los teléfonos para que el resto de la familia pudiese participar del funeral aunque de esa forma.*

*No pudimos hacer nada de lo que se acostumbra. No hubo un culto de consolación. Probablemente si hubiésemos realizado ese culto, me hubiese fortalecido más. Mi papá nos enseñó a ir a la iglesia los domingos y era importante buscar a Dios según las enseñanzas de mi papá. Lo único que me consuela es que mi papá está a la diestra del Padre.*

*Quienes nos acompañaron estuvieron solo un período corto de tiempo y estoy segura que si la situación hubiese sido normal, hubiese habido más gente. Y, definitivamente, no es lo mismo recibir un mensaje o una llamada telefónica como medio de consolación; nada cambia un abrazo. Hay personas a las que uno quiere y esos abrazos y sentir el afecto más cercano “hubiese sido más reconfortante”. La tristeza y el dolor de una pérdida bajo estas circunstancias, es indescriptible (Ale Cifuentes, comunicación personal 27-01-2022).*

Entender la muerte como una realidad no es fácil, pero se dificulta más si las prácticas de despedida socialmente instituidas se simplifican y trastocan, y si el carácter intrapsíquico

concretizado en las formas de expresión de emociones de manera colectiva y multidireccional se inhiben. En el caso descrito en el Relato 1, no hubo una despedida y la muerte toma por sorpresa y lo hace en medio de la conmoción de una pandemia que de por sí tiene confundida y atemorizada a toda la sociedad. En medio de ello, los procesos fúnebres socioculturalmente ya instituidos se ven alterados por prácticas inusitadas que sorprenden e impresionan de manera negativa. El solo uso de los trajes del personal de asistencia que maneja los cuerpos de los ya fallecidos, despersonaliza y desnaturaliza todo el esquema de la muerte. Así, el funeral entendido socialmente como un acto social que cumple con su función dual: 1. Apoyo al fallecido en su transición y 2. Apoyo a la familia doliente para el reajuste comunitario; ahora se convierte en un acto sanitario, frío y ausente.

Las técnicas propias de la vivencia del rito funerario ya desnormalizadas por los protocolos del COVID interrumpen las primeras etapas del proceso del duelo o la extienden. El inicio oficial del duelo se puede ver alterado al no ser satisfecha la primera necesidad de asimilar la pérdida a través de la despedida antes y después del fallecimiento; y en ese sentido se puede alargar el dolor hasta el punto de desencadenar momentos agudos de depresión.

En el campo social, la recuperación del desequilibrio ocasionado tendrá que ser satisfecho por otros medios, como los servicios religiosos virtuales, las redes sociales y las llamadas telefónicas. Tratándose de que varios grupos sociales de la ciudad quetzalteca ya asimila el proceso de muerte de una forma más occidentalizada, estas nuevas formas asumidas podrían estar contribuyendo a minimizar de alguna medida el impacto social. Pero entre los grupos sociales más arraigados a las costumbres, los protocolos sanitarios establecidos son más agraviantes y son desoídos para satisfacer plenamente la necesidad colectiva de sobreponerse al desequilibrio ocasionado. La Imagen 3 muestra la presencia colectiva en un entierro en una aldea de San Carlos Sija, municipio de Quetzaltenango, en el cual, la tradición, la costumbre y la obligación social, se antepone a las demandas sanitarias de aislamiento por pandemia, e incluso, se soslayan los protocolos de seguridad.

**Imagen 3**  
**Participación del proceso ritual de la evacuación del féretro**  
**en tiempos de imposición de medidas sanitarias por COVID 19**



Fuente: Producciones San Carlos (Facebook)

El desacato manifestado responde mucho a la necesidad psicosocial de minimizar el desequilibrio social ocasionado, porque en estas comunidades más pequeñas, la pérdida de un miembro del grupo puede llegar a ser más sentida que en las urbes. Aparte de que la conducta empática a los dolientes es más latente que en otros lugares.

Pero aún con ello, en la mayoría de los casos, las restricciones de los rituales en Quetzaltenango, irrumpen las codificaciones instituidas en las distintas culturas y vulneran los momentos donde los individuos se consuelan y se relacionan con el difunto en ceremonias, actividades y liturgias que favorecen el inicio del proceso de duelo y la consolidación sociocultural. De ahí, que algunos grupos prefieran realizar los ritos aunque de una manera menos evidenciada para no ser penalizados por desobediencia de las nuevas normativas.

El Relato 2, demuestra las estrategias que, de manera insubordinada, pero en atención a la necesidad de sobreponerse, algunos grupos adoptan persiguiendo satisfacer la necesidad del ritual de la despedida en el servicio fúnebre, aunque con los cambios, no se ven plenamente atendidas las emociones situadas.

#### Relato 2. El caso de un deceso en grupos sociales más arraigadas a las tradiciones y costumbres

*Mi novio fue asesinado en la ciudad de Quetzaltenango. Lo velamos a escondidas en su casa, porque era necesario hacerlo. Su entierro lo tuvimos que hacer en una aldea de San Marcos, ahí lo enterramos y sí pudo llegar más gente. De Xela viajamos algunos para acompañarlo. Las personas que asistieron al funeral bastantes, pero no llegaron tantos como si no hubiese habido pandemia.*

*La mayoría usamos la mascarilla, pero no fue igual. Se siente diferente porque no lo abrazan a uno igual. Cuando la enfermedad no estaba todos le daban abrazo a uno para darle a una paciencia. Ahora ya no es igual, todo es de lejos. A lo mucho extienden el brazo. Así no siente uno el consuelo que se necesita. Cuando mi mamá falleció hace muchos años, diferente lo consolaban a uno, ahora ya no se puede mucho (Juana Poroj, comunicación personal 2-02-2022).*

Otro de los embates no menos agudos de la pandemia, ha sido el que se asocia con las restricciones a las participaciones en las ceremonias de inhumación. En Quetzaltenango este momento es trascendente porque implica más que la evacuación del cuerpo o la sepultura orgánica. La idea de la morada última, del espacio de preparación para el viaje simbólico, de la morada para renacer bajo otra forma, de lecho de descanso momentáneo como espacio para la transición antes de un nuevo nacimiento en un cuerpo transformado, son las que predominan en el momento de la inhumación; de ahí el cuidado especial que se pone en el arreglo del nicho. De hecho, los cementerios del altiplano occidental no se caracterizan por la homogeneidad estética como sucede en otras sociedades; sino todo lo contrario, por tumbas de un cromatismo muy singular. El particular colorido refleja la idea del *continuum* y no del final.

El rito de la inhumación o sepultura, es el momento más dramático del rito funerario y se caracteriza porque, regularmente, la asistencia es masiva, reverente y conlleva varias actividades que variarán en función de las creencias, muchas veces eclécticas entre catolicismo y culturas mayas (preparar el camino del difunto, despedirle, llorarle, cantos, etc.), pero en general implican presentar honras al difunto, y una de las maneras más distintivas es del traslado en hombros -cargar el féretro-. Como ya se explicaba en acápite anteriores, la carga en hombros no es solamente una forma de tránsito del cuerpo, sino una actitud de respeto, servicio, despedida y es utilizado para descargar emociones y dolor.

Poco antes de la inhumación, se acostumbra cumplir con un programa para recordar los aspectos más sobresalientes y positivos del difunto. Es un momento para que familiares y amigos expresen y de alguna manera liberen la carga que la muerte conlleva a través de palabras de despedida para resolver los asuntos pendientes y otorgar lo que en el medio se reconoce como "el último adiós".

En el contexto de la pandemia por COVID 19, estos momentos han sido suprimidos en todos los fallecimientos indistintamente de la causas de la muerte. El proceso de inhumación en la ciudad se desarrolla de una manera bastante rápida y ahora bajo procesos estrictos de protocolo sanitario. El escenario en el cementerio es intrigante en el sentido que las personas manifiestan actitudes desesperadas por aproximarse al féretro para realizar la necesaria despedida.

Cuando el cortejo fúnebre se acerca al camposanto general de la ciudad, situado en el lugar conocido como El Calvario, familiares se acercan lo más que puedan a la puerta de ingreso, pero de inmediato son desalojados hasta los límites de 10 metros hacia la redonda (Ver imagen 4).

#### **Imagen 4**

#### **Dolientes a la espera de la llegada de la carroza fúnebre**

#### **Cementerio General de Quetzaltenango**



Fuente: Autoría propia.

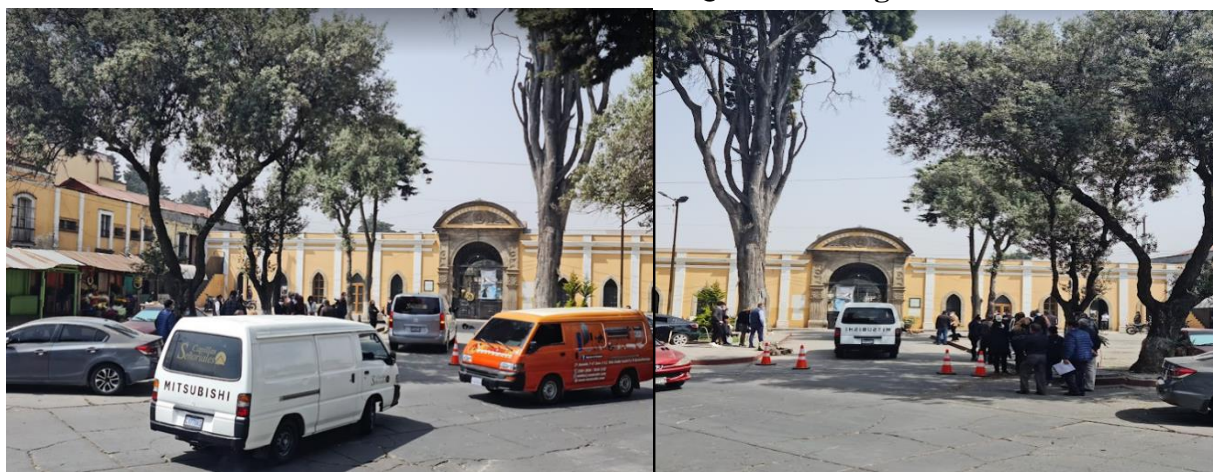


Al arribo de la carroza se les permite a los dolientes hacer una valla mientras la familia y los personeros de las funerarias se identifican y realizan los trámites necesarios hasta que las puertas del camposanto son habilitadas. El momento no dura más de cinco minutos. La cantidad de dolientes que ingresan pueden variar entre los 10 y un máximo de 15 personas. La familia establece quienes ingresan y quienes quedan fuera.

*Yo no pude ingresar a despedir a mi tía abuela. Veinticinco de nosotros no pudimos presenciar el entierro y eso es muy frustrante (Mariela Gramajo, Comunicación personal, 3-02-2022)*

Al ingreso del cortejo fúnebre principal, los vigilantes nuevamente alejan al resto de los familiares hasta los límites preestablecidos. Estos dolientes que no pueden ingresar, nuevamente buscan el espacio más próximo a las puertas en un esfuerzo por no alejarse tanto del escenario del que quisieran participar (Ver imagen 5).

**Imagen 5**  
**Ingreso del cortejo fúnebre al camposanto**  
**Cementerio General de Quetzaltenango**



Fuente: Autoría propia.

Concluido el ingreso del cortejo fúnebre y una vez alejados los dolientes, se procede a la desinfección. La actividad se efectúa ante la mirada confundida de los familiares y amigos que aún esperan fuera el retorno de los que lograron presenciar la inhumación.

## Imagen 6

### Proceso de desinfección del frontispicio del camposanto



Fuente: Autoría propia.

Los ingresos limitados al camposanto han provocado experiencias dolorosas entre los familiares, mismas que son variadas, pero todas contribuyendo a aumentar el sentimiento de tristeza y desconsuelo de los familiares. En ocasiones, el acto de transportar en hombros al ser perdido no puede realizarse ante la ausencia de familiares que no acompañan por el miedo al contagio o por las restricciones de acceso.

*Los familiares que nos acompañaron a enterrar a mi tío fueron muy pocos, pues el semáforo de la ciudad estaba en rojo y todos tenían miedo. Al entierro solo asistimos cuatro familiares, por lo que tres amigos de un mi primo que estaban presentes decidieron acompañarnos hasta el nicho. Pero, lamentablemente, el carro funerario no pudo llegar hasta el lugar donde mi tío iba a ser sepultado y me dio mucha tristeza porque no había suficientes personas para cargarlo. Mi tío al final fue cargado por gente que él ni conocía y ellos no lo conocían a él, eso es muy cruel (Oscar Ramírez, Comunicación personal, 12-12-2021).*

Por otra parte, y ante la imposibilidad de hacer entrega de la ofrenda para dar honra, colorido al evento, y como una demostración del ciclo muerte y reinicio, los arreglos florales son colocados en la puerta de ingreso al camposanto en sustitución del rito de la colocación en los nichos. Esta nueva forma de entrega de la ofrenda floral se constituye en una fuerte necesidad de los deudos de aderezar, aunque sea de lejos, el camino de su ser querido. Las mismas se acompañan en ocasiones de cartas de despedida, mensajes o los nombres de los familiares fallecidos en un esfuerzo por remedar la lápida que ahora no se podrá tener a la vista.

## Imagen 7

### Ofrendas florales colocadas en la puerta del camposanto Cementerio General de Quetzaltenango



**Fuente: Autoría propia.**

La desnaturalización del proceso de duelo y el ritual funerario se ha agudizado mucho más en los casos de los decesos por COVID 19 debido a las restricciones consignadas. Las experiencias de las familias dolientes han sido mucho más difíciles de sobrellevar bajo estas circunstancias, complicando las fases de inicio del duelo y el cierre del ciclo.

#### Relato 2. El caso de dos decesos por COVID 19 en una misma familia.

*Mi papá fue ingresado al IGSS de Quetzaltenango en agosto de 2020 por una complicación de un cáncer que llevaba tiempo padeciendo. Su ingreso fue un día jueves por la tarde y el domingo nos informaron que había fallecido de una neumonía por COVID. La noticia fue impresionante, porque nunca nos imaginamos que el día que lo llevamos sería el último que lo veríamos. Pero aunque fue impactante no lo fue tanto como todo el proceso de manejo y entrega de su cuerpo tras su fallecimiento. A las personas fallecidas las manipulan como si fueran “basura”.*

*Yo ya no pude ni pude ir a recibirlo, todo fue tan rápido, porque su muerte fue a las 4 de la tarde y a las 10 de la noche lo estaban ya enterrando. Mis hermanos, quienes fueron a recibir a mi papá, cuentan con dolor la experiencia tan dura de ver una caja envuelta en plástico que era trasladada por personas cubiertas con trajes que no dejaban notar si eran o no humanos, cubiertos de pies a cabeza, era como estar*

*en una película. Entendemos que estas personas vestidas así solo realizaban su trabajo y que cumplían con ciertos protocolos, pero no por eso dejó de ser drástico.*

*Nadie se pudo siquiera acercar a tocar la caja. Fue un momento que hasta hoy nos tiene a todos con mucho dolor, porque (sollozos) “sentimos remordimiento de conciencia” al no saber como se fue mi papá: Si llevaba calcetines, si iba vestido. No sabemos si murió solito o si había alguien con él. Solo sabemos, a juzgar por la forma como iba la caja, que mi papá también fue colocado en la caja de esta misma forma. Una situación que nos parece tan inhumano, porque para otros es un cadáver, pero para nosotros es un padre, un esposo, un abuelo, un hermano.*

*Su traslado al cementerio se realizó en una ambulancia. Algunos carros seguían la ambulancia detrás. Al sepelio, solo ingresaron 3 personas. A mí me tocó vivir el entierro casi en soledad, únicamente acompañada de mi hija y mi madre.*

*Debido a la hora en el que la inhumación se realizó, todo estaba muy oscuro y mis hermanos que estaban en el lugar relatan con mucho dolor que ni siquiera podían ver nada y solo escucharon el sórdido sonido de la caja introduciéndose en el nicho. Todo lo demás, solo era imaginable. Ese dolor es indescriptible. No poder llorar ahí, hablarle, consolarnos, fue hasta aterrador. Y la situación se agudizaba en el sentido que por el tipo de muerte que él tuvo, nadie podía ni se animaba a acompañarnos.*

*Los mensajes de consuelo llegaban a través del teléfono, por mensaje o llamadas, pero no se compara con la calidez de un abrazo y la compañía, aunque sea de nuestros familiares.*

*No tuvimos la oportunidad de tener un funeral normal. Se celebró una misa virtual y aunque nos permitió recordar nuestras creencias, no fue lo mismo que estar en la iglesia.*

*Fueron días de mucho desconsuelo y en los que no asimilábamos la situación. Fue hasta después de 7 días cuando pudimos asistir unos momentos al cementerio y el hecho de hablarle a mi papá ahí nos dio un poquitito de paz, pero aún el día de hoy es muy difícil asumir que alguien a quien se le ama no se le pueda despedir dignamente pues ni siquiera la misa de los 40 días se pudo realizar de una manera normal. Solamente Dios y nuestros constantes rezos nos han fortalecido.*

*Nueve días después de este doloroso evento, mi tío, hermano de mi papá, también fallece por COVID. Vivimos dos veces seguidas el mismo dolor de la misma manera (Leticia Herrera, comunicación personal 2-02-2022).*

El ritual de despedida ha quedado bloqueado totalmente impidiendo que las personas puedan elaborar de mejor manera el duelo a través de la transición desde el dolor, la rabia y la negación hacia la resiliencia. La ausencia, no solo de una, sino de varias fases del rito, impide otorgar el homenaje y despedida del ser perdido dificultando así asumir la carga emocional

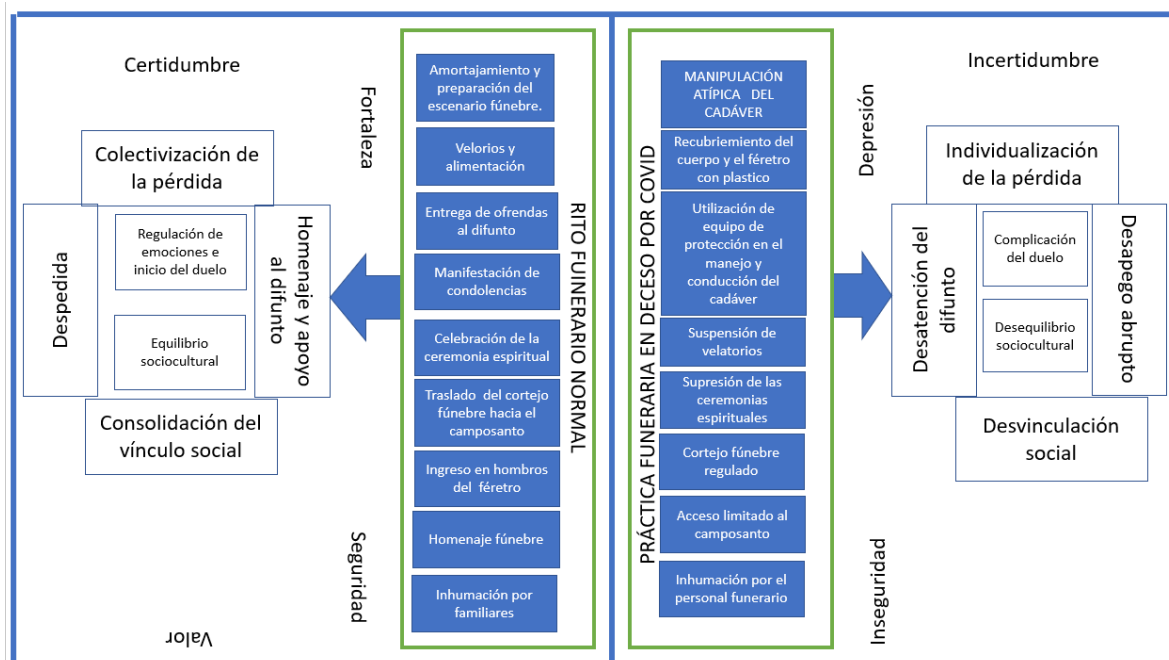
e incrementando la posibilidad de experimentar un duelo de tipo bloqueado o en el peor de los casos, de tipo complicado o patológico.

El duelo complicado se caracteriza por la prolongación del proceso de duelo normal, estancando algunas de las etapas que le son propias para manejar de mejor manera el dolor. Esta ausencia de regulación emocional, podría derivar en alguna conducta desadaptativa como la prolongación del dolor, una aguda afección emocional, hasta la presencia de cuadros de depresión. Tales manifestaciones pueden ser distintas dependiendo de las características individuales de cada doliente, pero ante las características de las pérdidas en el caso de COVID 19 que anulan el acompañamiento social obligando a los sujetos a asumir en soledad las fuertes emociones que la muerte genera y las vivencias normales de los ritos funerarios, están propiciando la impotencia de no manejar la situación correctamente, por lo que los cuadros depresivos están aumentado de manera considerable en la ciudad.

El Esquema 2 refleja cómo la función del ritual de curar, prevenir, consolar y revitalizar individual y socioculturalmente, contribuyendo a superar la angustia de la muerte en los deudos y equilibrando la pérdida, queda en el contexto de las restricciones por la pandemia, totalmente aniquilada. Lo mismo ocurre con estrategia socialmente instituida para beneficiar simbólicamente al difunto en el proceso de transformación

## ESQUEMA 2

### El rito funerario -antes y después del COVID 19-



Fuente: Autoría propia

Según Freud (citado por Pacheco, 2010), en el duelo la pérdida conlleva desviaciones en la conducta normal, pero no se considera una conducta patológica. En ese sentido, ante la pérdida por muerte es inevitable sentir tristeza, pero aunque se manifiestan conductas anormales, como el ánimo deprimido, el desinterés por el mundo externo, reproches, negaciones, insomnio, productividad inhibida, entre otras, estas se superan con el paso del tiempo si la elaboración del duelo se vive de una manera natural. Un duelo correctamente conducido permite la reconstrucción del mundo interno.

La ritualización del duelo que sitúa al individuo en los distintos escenarios dentro del funeral, la vestimenta oscura que se adopta, el ausentarse de diversiones, las prácticas espirituales, le permiten concentrarse en ese “trabajo interno” procesual para superar la pérdida. De manera inconsciente, estas conductas del sujeto le sirven como catarsis de la experiencia.

De esta forma el proceso ritual y sus símbolos y significaciones apoyan individual y colectivamente al sujeto. El proceso de la exteriorización de la pena dentro del grupo de pertenencia que le demuestra comprensión empática, desarrolla sentimientos de confianza y seguridad que contribuyen con la estabilización emocional. El ser humano se apoya de esta forma psicoemocionalmente en la interacción que tiene con este grupo con fines de equilibrio psíquico. Está de más indicar que la ausencia de cualquiera de estos soportes de encaramiento de la realidad desencadena emociones intensas que comprometen el duelo.

Aparte de comprometer el duelo ante la pérdida por muerte, el escenario dentro del COVID 19 está desarrollando temores en relación con la forma en la que cada sujeto atravesará su propio proceso funerario cuando su deceso llegue. En esencia, cada individuo sabe que su propia muerte es el último rito importante que debe enfrentar en el ciclo de la vida en este planeta y por ende se adoptan medidas preparativas para cuando en el futuro ese momento llegue: Adquisición de un nicho, indicaciones del tipo de funeral que se espera y no sobra quien elija su mortaja, su propio féretro o caja mortuoria. Así, el funeral y entierro son ritos que la comunidad y el individuo reconocen como reales y se preparan para ese estado indistintamente de sus creencias. Pero en el crítico escenario actual, los temores sobre el tipo de funeral que se puede llegar a tener afloran en la conciencia desarrollando incertidumbres y en los casos extremos, hasta ciertas patologías.

Una atención adecuada a los dolientes en medio de la crisis por pandemia, debería contemplar la de tipo psicológica y espiritual, donde a través de pequeños círculos itinerantes se pueda dar acompañamiento y apoyo a los dolientes. Esta es una función que puede recaer en las mismas familias, la comunidad más cercana y las iglesias.

No obstante, y pese a todos los esfuerzos que puedan efectuarse, los ritos funerarios forman parte del componente más estricto de la cultura y hallar los elementos sustitutos más correctos será difícil y llevará mucho tiempo si la pandemia no cede en un cercano plazo.

## CONCLUSIÓN

Los rituales funerarios se configuran a partir de una variedad de comportamientos que reflejan afectos profundos para guiar al muerto a su sitio post mortem, pero más que para honrar a los muertos, este acto ceremonial es un proceso para proteger a los vivos de los embates que la muerte les ocasiona emocionalmente; y más que un evento religioso y espiritual, es un fenómeno cultural que necesita verse satisfecho.

Los rituales tradicionales ofrecen a los participantes mecanismos para ratificar a través de la exaltación comunitaria las fuerzas del grupo, reconfortan, neutralizan la culpa y revitalizan, constituyéndose, en definitiva en rituales de vida. De ahí el problema surgido cuando situaciones externas como las medidas por COVID 19 alteran estas costumbres abruptamente, suscitando desestabilizaciones que los grupos deben buscar equilibrar, pero nunca sin que deriven en leves o agudas implicaciones colectivas e individuales. En definitiva, la pandemia desdibujó lo socioculturalmente instituido y conllevó a la desritualización, la desimbolización, la descolectivización y en consecuencia al individualismo, la desintegración de los lazos de solidaridad que congregan a la familia, la comunidad, la aldea o el barrio. Y lo más peligroso es, que se traduce en una amenaza latente para la gestión adecuada del duelo.

Aún en medio de la crisis por pandemia es evidente la urgente necesidad de movilizar los recursos a favor de una muerte digna y de estrategias sociosanitarias que también puedan, en la medida de lo posible, reconocer la parte emocional y espiritual inherente al proceso de pérdida de un ser querido y que se permita de esa forma actuar a favor de la reintegración social de la muerte.

## Referencias Bibliográficas:

Allué, M. (1998). *La ritualización de la pérdida*. *Anuario de Psicología*. Facultad de Psicología. Universidad de Barcelona. 29 (4) 67-82.

Corporación para Estudios en Salud -CES-. (2021). *¿Cuál es la importancia de los abrazos en pandemia?*. Universidad de Medellín. <https://www.ces.edu.co/es/noticias/cual-es-la-importancia-de-los-abrazos-en-pandemia-desde-psicologia-nos-explican/#:~:text=Neurodesarrollo%20y%20Aprendizaje.-,Para%20los%20expertos%2C%20la%20acci%C3%B3n%20de%20abrazar%20trae%20beneficios%20como,y%20refuerzo%20del%20sistema%20inmunol%C3%B3gico.&text=detectarlo%20y%20disfrutarlo.-,%E2%80%9CDebemos%20aprender%20a%20abrazar%20con%20tapabocas%2C%20en%20espacios%20ventilados%2C,hacer%20reuniones%20abriendo%20las%20ventanas.>

- Escorihuela, A. (2013). *Cuando los muertos hablan*. Editorial Club Universitario.  
<https://books.google.com.gt/books?id=o30ADgAAQBAJ&hl=es>
- Espinosa, A. García, R. Stavchansky, L. (2017). *Duelo y melancolía, Freud, conmemoración centenaria (1915-17/2015-17)*. Universidad Veracruzana.
- Fernández, R. (2017). *Ritos Funerarios en la India budista: tensión social y domesticación de la orden monástica*. Revista INAH. (6) 11. 1-24.
- Flórez, S. (2002). *Duelo*. Revista Anales Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia. 25 (3) 77-85.
- Montañes, D. (2016). ¿Qué es para la iglesia católica una cristiana sepultura?. ABC Sociedad. 24/10/2016. [https://www.abc.es/sociedad/abci-para-iglesia-sepultura-cristiana-201610252021\\_noticia.html?ref=https%3A%2F%2Fwww.google](https://www.abc.es/sociedad/abci-para-iglesia-sepultura-cristiana-201610252021_noticia.html?ref=https%3A%2F%2Fwww.google)
- Morales, R. (2019). *Registro etnográfico sobre rituales mortuorios Kichwa de la comunidad "La Calera"*. Tesis de Maestría. Universidad de Otavalo. Ecuador.
- Lara, C. (2002). *Fieles difuntos, santos y ánimas benditas en Guatemala*. Una evocación ancestral. Artemis Edinter.
- Olavarri, E. (1987). *Memorias de historia Antigua*. Instituto de Historia Antigua. Universidad de Oviedo. Volumen 8.
- Pacheco, G. (2003). *Perspectiva antropológica y psicosocial de la muerte y duelo*. Revista de enfermedad y cultura de los cuidados. (14) 27-43.
- Plan operativo del manejo de cadáveres. (2020). Ministerio de Salud Pública y Asistencia social.  
[https://www.congreso.gob.gt/assets/informe\\_ejecutivo/05%20Quinto%20Informe%20Septiembre%202020/02%20Ministerios%20Septiembre%202020/07%20Ministerio%20de%20Salud%20Publica%20y%20Asistencia%20Social/CD/PLAN%20OPERATIVO%20MANEJO%20DE%20CAD%C3%81VERES%2027.07.2020.pdf](https://www.congreso.gob.gt/assets/informe_ejecutivo/05%20Quinto%20Informe%20Septiembre%202020/02%20Ministerios%20Septiembre%202020/07%20Ministerio%20de%20Salud%20Publica%20y%20Asistencia%20Social/CD/PLAN%20OPERATIVO%20MANEJO%20DE%20CAD%C3%81VERES%2027.07.2020.pdf)
- Publicaciones San Carlos. (18 de enero de 2022). Funeral de quien en vida fuera don Edwin Santos Gramajo. [Video en vivo]. Facebook.  
<tps://www.facebook.com/produccionessancarlossija/videos/21174044050>
- Yoffe, L. (2000). *El duelo por la muerte de un ser querido: creencias culturales y espirituales*. Revista Psicodebate. 3. Psicología, cultura y sociedad. 127-158.

---

<sup>i</sup> La idea de infierno también puede variar entre las distintas denominaciones cristianas. Los Testigos de Jehová lo entienden como un sepulcro común para la humanidad, y se refieren al infierno como una destrucción para la eternidad, no como un fuego castigador. Para el adventismo no existe un infierno



---

eterno, sino una segunda muerte para el malvado; el infierno aquí es también entendido como una destrucción del pecado que es eterno, pero no como un fuego que castiga indefinidamente.